

La guerra injusta

Enrique Krauze

Letras Libres
Octubre 25, 2013

<http://www.letraslibres.com/blogs/blog-de-la-redaccion/la-guerra-injusta>

Amy S. Greenberg

A wicked war: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico

Nueva York, Alfred A. Knopf, 2012, 368pp.

Todos los países confrontan tarde o temprano las culpas de su pasado pero algunos se toman su tiempo. Es el caso de Estados Unidos. Ante sus tres pecados originales –la esclavitud, el trato a los nativos americanos y las guerras imperiales–, el verdadero revisionismo histórico comenzó hace apenas medio siglo. Todavía en los cincuenta, en la mente popular prevalecía la imagen idílica del Sur propuesta por *Lo que el viento se llevó*, y en *Más corazón que odio* el valiente y probo Ethan Edwards (John Wayne) podía sacar tranquilamente su pistola para intentar matar a la pequeña Debbie (Natalie Wood) secuestrada años atrás por los comanches y por ello irremisiblemente perdida para la cultura del hombre blanco y civilizado. La pasión crítica de la generación de los sesenta, el movimiento por los derechos civiles y la guerra de Vietnam modificaron el pasado. De entonces para acá la producción académica, editorial, museográfica y cinematográfica que corrige la óptica racista de la esclavitud y las guerras indias ha sido cada vez más valiosa y abundante.

Con la historia del militarismo imperial ocurre un fenómeno más ambiguo. Parecería que la literatura histórica y la cinematografía acompañan los zigzags de la política exterior. Si bien Vietnam provocó un vasto autoexamen nacional, las guerras posteriores al 9/11 vieron aparecer libros que reivindicaban el espíritu bélico de Teddy Roosevelt y sus “espléndidas pequeñas guerras” en el Caribe. En los últimos años, tal vez debido al desastroso involucramiento en Iraq, el péndulo ha oscilado de nuevo hacia la consideración de los errores y los crímenes. En este marco moral se inscribe el excelente libro de Amy S. Greenberg sobre la primera aventura imperial de Estados Unidos, la que por más de un siglo se conoció como “la guerra mexicana” (“the Mexican war”) y que Greenberg rebautiza como “a wicked war” (“una perversa guerra”), que es exactamente como Ulysses S. Grant (que participó en ella igual que Sherman, Jackson y Lee) se refería a ella en 1879:

No creo que haya habido una guerra más perversa que la que emprendió Estados Unidos contra México. Lo creía entonces, cuando era solo un joven, pero no tuve el suficiente valor moral para renunciar.

Esa no fue la opinión de Justin H. Smith, cuyo libro *The war with Mexico* (Premio Pulitzer de 1920) sostenía que la guerra “había sido deliberadamente provocada por acto y voluntad de México”.

La idea de un México “belicoso” prevaleció hasta principios de los setenta, incluso en autores sólidos como David Pletcher, que todavía en 1973 explicaba “clínicamente” el conflicto: “México era un país enfermo, aquejado por el equivalente nacional a la gota, la fiebre intermitente y la parálisis progresiva [...] Su enfermedad inspiró en su ambicioso vecino más avidez que compasión.” Por su parte, la historiografía mexicana ha refutado desde siempre esas supuestas causas documentando factores como la larga data del expansionismo estadounidense, el frenesí que provocó en los años cuarenta la idea casi religiosa del Destino Manifiesto y la incidencia de los intereses del Sur en atizar el conflicto para ensanchar el número de estados esclavistas.

De entonces para acá han aparecido varias obras estimables sobre diversos aspectos de la guerra. Quizá la más completa por su cobertura detallada del aspecto militar y su atención a las fuentes mexicanas sea *Eagles and empire*, de David A. Clary (2009). Con todo, por su extensión y prolijidad, no deja de ser una historia especializada. Había espacio para una historia narrativa que con sensibilidad y equilibrio introdujera al lector general en aquel remoto y casi olvidado drama entre las dos jóvenes repúblicas americanas. En *A wicked war*, Amy S. Greenberg logra ese propósito mediante un eficaz artificio biográfico: contar la guerra a través de la vida de cinco personajes estadounidenses marcados por ella.

El primero es el presidente James K. Polk, el metódico y obsesivo político de Tennessee, antiguo presidente de la Cámara de Representantes y protegido de Andrew Jackson que, acompañado por Sarah, su imperiosa mujer, manejó

milimétricamente la guerra de principio a fin y con tal obsesivo tesón que murió a las pocas semanas de dejar el poder. Frente a él, como en un drama griego, se alzó el célebre tribuno Henry Clay, a quien Polk venció sorpresivamente en las elecciones de 1844. Clay, cabeza del partido Whig, se opuso a la inminente anexión de Texas (pactada con los texanos por el presidente saliente John Tyler) porque sabía que conduciría a una guerra que consideraba innecesaria e injusta pero nunca imaginó que su propio hijo, Henry Clay, Jr., moriría en ella. También en la guerra moriría un personaje menos notorio, John J. Hardin, exsenador por el distrito de Springfield, Illinois, que quiso emular en México las hazañas de su padre y abuelo en las guerras de Independencia de 1812 y las guerras indias. Su contrincante de partido era el joven abogado Abraham Lincoln, cuarta figura del elenco. La guerra, a la que se opuso, lo tocó muy tangencialmente pero contribuyó a perfilar su ideario político. El personaje final es Nicholas Trist, secretario sucesivo de Thomas Jefferson (casó con su nieta) y de Jackson, que Greenberg rescata del olvido pero que merecería una estatua en ambos países por su contribución a la paz.

Greenberg no teoriza sobre las causas de la guerra, prefiere narrar vívidamente la concatenación de hechos que la precipitaron. En 1844, la victoria presidencial de Clay (después de dos intentos infructuosos) parecía asegurada. Pero su archirrival demócrata Jackson indujo entre los suyos la improbable candidatura de Polk, que resultó popular por su apoyo a la anexión de Texas y su abierto mensaje expansionista. Las elecciones de fines de 1844 fueron cerradísimas. Si el abolicionista Partido de la Libertad no

hubiera restado votos a Clay en Nueva York, la historia habría sido distinta. Clay representaba la posibilidad de una relación política y diplomática paciente y respetuosa (no bélica y menos imperial) con las frágiles repúblicas hispanas de América. La guerra con México fue el presagio de la actitud que terminó por consolidarse en 1898, con la guerra en Cuba y Filipinas. No es casual que el biógrafo de Clay haya sido uno de los más lúcidos críticos del imperialismo a principios del siglo xx: Carl Schurz.

La psicología política de Polk –profeta armado del Destino Manifiesto– fue un factor decisivo. Estaba convencido de que “era la voluntad de Dios que las tierras más ricas de México, en especial la franja fértil a lo largo del Pacífico, pasaran de manos de sus residentes inquietos a los blancos laboriosos que saben custodiar mejor sus recursos”. Quizá no quería la guerra en sí misma pero, teniendo varias opciones para negociar los temas contenciosos con México (pago de reclamaciones, frontera de Texas), escaló el conflicto hasta provocar la chispa que precipitó la violencia. Se trataba, según Polk, de una guerra justa, provocada por los mexicanos incapaces de cumplir sus deudas y absurdamente reacios a vender (como Francia y España habían vendido Louisiana y la Florida) un territorio que comprendía Nuevo México y California y que evidentemente no podían poblar, aprovechar ni gobernar.

***Enrique Krauze** (Ciudad de México, 1947). Ingeniero Industrial (UNAM, 1969). Doctor en Historia (Colegio de México, 1974). En 1977 ingresó a la revista Vuelta como secretario de redacción y en 1981 se convirtió en el subdirector, puesto que ocupó hasta diciembre de 1996. En 1991 fundó la Editorial Clío y en 1999 dio a la luz, como director, a la revista Letras Libres. Es miembro del*

Instituto Cervantes y de la cadena Televisa. Ha publicado numerosos ensayos, biografías y especialmente libros de historia, en especial de México, con especial interés en su sociología, política y economía. Ha recibido numerosas distinciones y premios. El pasado día 6/10/2011 publicó Redentores. Ideas y poder en América Latina (Debate). Con motivo del aniversario de la revista Letras Libres, se efectuó en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, un conversatorio con Mario Vargas Llosa).